

## Guerra, militarización y caudillismo en el norte chileno: el caso de Copiapó en la Guerra Civil de 1859

Joaquín Fernández Abara\*

### RESUMEN

El levantamiento copiapino producido en el marco de la Guerra Civil de 1859 ha tendido a ser analizado como una sublevación encabezada por una élite minera moderna, de rasgos burgueses, distinta del resto del grupo social dirigente chileno, una hipótesis que en este trabajo pretendemos matizar. Mediante el análisis de procesos judiciales, crónicas inéditas y archivos notariales, mostraremos cómo la guerra reforzó el poder de las familias de magnates mineros, quienes habrían aumentado su poder mediante el empleo de redes clientelísticas. Se argumenta que la dinámica social impuesta por la guerra reforzó la importancia de los vínculos adscritos, del poder de la élite local y de las lealtades personales, creando las condiciones para el surgimiento de liderazgos caudillistas.

PALABRAS CLAVE: guerra civil, política, caudillismo, Copiapó, 1859

### War, Militarization and 'Caudillismo' in Northern Chile: The Case of Copiapó in the Civil War of 1859

### ABSTRACT

The uprising that took place in Copiapó during the Chilean Civil War of 1859 has been broadly analyzed as a revolt led by an elite which was both modern and bourgeois. This group was regarded by historians as different from the rest of the traditional social leading class. In this paper we intend to clarify this thesis. By analyzing judicial proceedings, unpublished chronicles and notarial archives, the article shows that the war reinforced the power of the families of mining magnates who have increased their power through the use of clientelistic networks. The social dynamics imposed by the war reinforced the importance of the attached links, the power of the local elite as well as personal loyalties, creating conditions for the emergence of caudillo leadership.

KEYWORDS: civil war, politics, 'caudillismo', Copiapó, 1859

---

\* CIDOC-Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae. Avances de este artículo fueron presentados en las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia de Argentina, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina, en octubre de 2013, y en el XXXIII Congreso Internacional de la Latin American Studies Association, San Juan, Puerto Rico, mayo de 2015.

✉ jfernandez@uft.cl

Recibido junio 2015 / Aceptado septiembre 2015

Disponible en [www.economiaypolitica.cl](http://www.economiaypolitica.cl)

## Introducción

La Guerra Civil de 1859 fue un conflicto armado que tuvo lugar en Chile, entre enero y mayo de aquel año. El levantamiento tuvo su origen en la acción de elementos de la Fusión Liberal-Conservadora, coalición creada en 1857, que había unido a liberales con conservadores ultramontanos con el fin de oponerse a las tendencias autoritarias del gobierno del presidente Manuel Montt (1851-1861). Tras el fracaso fusionista en las elecciones parlamentarias de 1858, el que fue atribuido por dichos sectores a la intervención electoral gubernamental, elementos más radicalizados de la oposición tomaron la opción de cuestionar la legitimidad del gobierno y el orden constitucional, llamando a la creación de una Asamblea Constituyente, al mismo tiempo que apostaron por generar un levantamiento armado contra el gobierno. El principal foco rebelde fue la ciudad de Copiapó, capital de la provincia de Atacama, que se levantó durante la noche del 5 al 6 de enero de 1859, junto al puerto de Caldera. Los rebeldes copiapinos, liderados por el joven magnate minero Pedro León Gallo, crearon un ejército y una moneda propia y declararon ‘roto el pacto social’ que los unía con Chile hasta que se realizara una Asamblea Constituyente. El 29 de abril, los rebeldes fueron derrotados por una fuerza del ejército gobiernista, dirigida por el coronel Juan Vidaurre Leal, en la batalla de Cerro Grande o Peñuelas. Gallo y parte de sus tropas huyeron allende los Andes hacia San Juan, mientras que algunos remanentes del ejército rebelde, liderados por oficiales subalternos y suboficiales de extracción social artesanal, mantuvieron la resistencia en Copiapó hasta el 12 mayo, cuando fueron derrotados por una expedición punitiva gobiernista. Mientras estos eventos tenían lugar en Copiapó, hubo levantamientos en otras ciudades del país, como Talca y San Felipe. Junto a estos levantamientos también ocurrieron asonadas urbanas en Santiago y Valparaíso, guerrilla de montoneras rurales en gran parte de la zona central y levantamientos mapuche asociados a los rebeldes de la Frontera (Figueroa 1889, Ortega y Rubio 2006, Grez 2007).

En la historiografía chilena podemos encontrar un corpus bibliográfico relevante referido a las guerras civiles de la década de 1850 y, específicamente, al levantamiento copiapino de 1859. La historiografía liberal comenzó a narrar estos acontecimientos de manera casi coetánea

a su realización (Barros Arana, Lastarria, Santa María y González 1861; Figueroa 1889). Con posterioridad, la historiografía nacionalista-conservadora también dedicó un importante espacio de sus obras a la descripción e interpretación de dichos sucesos (Edwards 1932, Encina 1952). Si bien las interpretaciones de aquellas escuelas manifestaron importantes discrepancias entre sí, tuvieron como elemento común el haber centrado su análisis en los aspectos jurídico-políticos de los conflictos y en la crónica bélica.

En consecuencia, la pregunta por las características sociales de los actores que tomaron parte en dichos procesos recién fue planteada por la historiografía social clásica chilena, de carácter marxista, a partir de la década de 1970. Para la historiografía marxista, las guerras civiles de mediados del siglo XIX tuvieron el carácter de revoluciones burguesas, encabezadas por élites provinciales, portadoras de proyectos modernizadores y democratizantes, con un evidente sesgo burgués, contra la hegemonía de la élite rural de la zona central.

Al respecto, el primer trabajo en enfrentar aquel problema fue el de Luis Vitale. Según Vitale, la “contradicción capital-provincias”, presente en las guerras civiles de 1851 y 1859, “involucraba profundos intereses de clase” (1971: 37). En su opinión, dichos conflictos fueron el reflejo de la lucha de importantes sectores de la burguesía provincial contra Santiago, capital que habría protegido los intereses de su burguesía comercial y de los terratenientes de la Zona Central. Así, sectores como la ‘burguesía minera del Norte Chico’ y la ‘burguesía triguera y molinera del sur’, que, según el autor, aportaban más de las tres cuartas partes de las entradas aduaneras, habrían resentido el excesivo centralismo del gobierno de Manuel Montt. Para Vitale, el caso específico del levantamiento de 1859 sería el de la insurrección de una ‘burguesía minera de orientación reformista liberal y anticlerical’, que lideró una amplia coalición pluriclasista, compuesta por el “campesinado, el proletariado minero y los artesanos de las ciudades” (Vitale 1971: 37, 47).

Siguiendo una línea investigativa similar, Maurice Zeitlin (1984) aseveró que las guerras civiles de 1851 y 1859 deben ser interpretadas como una suerte de ‘revoluciones burguesas abortadas’ y, más específicamente, como luchas entre distintas secciones de una élite dominante, representadas por sectores capitalistas emergentes y elementos

agrarios de carácter hegemónico. Entre los pujantes sectores capitalistas cabría mencionar a los empresarios mineros, molineros e industriales, quienes, según sus estudios prosopográficos, habrían llegado a componer alrededor del 60% de los líderes rebeldes. La actuación del gobierno de Montt habría acentuado las contradicciones internas de la estructura social chilena. Al desarrollar lo que el autor denomina como una “política de desarrollo nacional protobismarkiana” (Zeitlin 1984: 39), dirigida por el Estado, el gobierno habría tendido a favorecer a su principal soporte social –los terratenientes de la Zona Central–, llevando a que la pugna entre éstos y sectores de la burguesía adquiriera características regionales específicas. Copiapó se transformó en una suerte de epítome de estas contradicciones. De hecho, Zeitlin calificó a dicha ciudad como un “enclave de civilización burguesa” en medio de Chile, y como un “segundo centro de soberanía política”, debido al poder alcanzado por ciertas familias locales gracias a la minería. Las características distintivas de la sociedad copiapina, una suerte de “sociedad de frontera”, con un carácter más abierto y democrático, con barreras de clase menos rígidas, habría permitido entonces el surgimiento de una conciencia democrática radical que permeó a la intelectualidad dirigente rebelde y dio el tono ideológico al levantamiento de 1859 (Zeitlin 1984: 45).

Esta visión ha sido profundizada y complejizada más recientemente por la *nueva historia social chilena*, específicamente en la obra del historiador Gabriel Salazar. La interpretación de este autor se centra en una visión de largo plazo de la historia de Chile, que pone énfasis en las disputas producidas entre el capital financiero y los productores directos. Es en este sentido que interpreta los conflictos civiles del período postindependentista como una pugna entre los productores locales, portadores de un proyecto descentralizador y autonomista, y el ‘patriciado mercantil’ de Santiago. En su opinión, las guerras civiles de 1851 y 1859 fueron “rebeliones social-productivistas” (Salazar 2007: 569) en contra de la hegemonía del patriciado mercantil.

Es necesario destacar que existen obras recientes que han matizado estas visiones. Desde la óptica de la propia historiografía social, y también desde la historiografía económica, algunos investigadores han puesto en duda el supuesto carácter modernizador y democratizante de la élite que encabezó el levantamiento de 1859. En opinión

de estas investigaciones, los líderes de dichos movimientos fueron miembros de élites con rasgos tradicionales, reacios a las manifestaciones de radicalidad política.

En este sentido, cabe nombrar la obra del historiador estadounidense Andrew Daitsman, quien, dentro de un enfoque marxista, matiza los planteamientos de Zeitlin. Para el autor, la dirigencia opositora nacional tuvo “metas limitadas”, reflejadas en un “programa [mínimo] constitucionalista” (Daitsman 1995: 259).<sup>1</sup> Esta visión elitista se habría visto reflejada en el levantamiento liderado por Pedro León Gallo en Copiapó, que habría mantenido un estilo de movilización más verticalista.

Otra visión desde esta perspectiva fue planteada por los historiadores Luis Ortega y Pablo Rubio (2006). Centrándose específicamente en el caso nortino, Ortega y Rubio se muestran escépticos ante la supuesta radicalidad y capacidad transformadora del movimiento. Teniendo en cuenta factores estructurales de índole económica y social –entre ellos, principalmente, el carácter tradicional de la élite minera del norte– y enmarcando la conflagración en procesos de más largo aliento, los autores sostienen que el levantamiento nortino de 1859 no puede ser considerado como una revolución. En su opinión, si bien hubo un uso político de la violencia, no hubo una “transferencia de poder” a otros grupos sociales ni una “adecuación institucional” que hiciera que “las organizaciones y las decisiones” de los rebeldes estuvieran “orientadas a alterar el statu quo” (Ortega y Rubio 2006: 19). Para los autores,

más que una revolución, los sucesos del primer semestre de 1859 deben ser considerados como una guerra civil en que una élite local desarrolló al máximo sus capacidades y posibilidades políticas para lograr una mayor cuota de poder a nivel nacional. (Ortega y Rubio 2006: 20)

Como puede observarse del estado del arte recién expuesto, existen interpretaciones divergentes sobre las características de los grupos sociales involucrados en el levantamiento de 1859. Sin embargo,

---

<sup>1</sup> Daitsman (1995) centra su estudio en el caso de la sublevación de la ciudad de Talca durante la Guerra Civil de 1859. Si bien destaca el carácter democratizante y radical que habría tenido la sublevación de Talca en 1859, sostiene que dicho caso corresponde a una excepción en el contexto nacional.

queda en evidencia que el debate sobre el tema se ha centrado ante todo en conocer cuán modernizante y radical fue la élite política que lo encabezó.

En el presente artículo, mostraremos que la guerra reforzó el poder de las familias de magnates mineros, quienes aumentaron su dominio mediante el empleo de redes clientelísticas generadas gracias a su disponibilidad de recursos económicos e influencia social. De este modo, la capacidad económica de formar y mantener unidades militares, sumada a la posibilidad de movilizar a sus trabajadores dependientes, reforzó el predominio de familias de notables locales, como fue el caso de los Gallo, los Matta y los Carvallo, y dejó en un segundo plano a sectores mesocráticos que habían tenido una amplia figuración en el movimiento opositor previo a la guerra. Evidenciaremos que la dinámica social impuesta por la guerra reforzó la importancia de los vínculos adscritos, del poder de la élite local y de las lealtades personales, creando las condiciones para la centralización del poder y el surgimiento de liderazgos caudillistas en el bando insurgente. Sin embargo, también repararemos en las limitaciones que presentaban ese tipo de liderazgos y en cómo ellas quedaron evidenciadas al momento de producirse la derrota del bando rebelde. En este sentido, mostraremos que los sectores populares movilizados pugnaron por hacer valer los términos acordados de las relaciones clientelísticas, presionando a través de actos de desobediencia. Al mismo tiempo, daremos cuenta de la forma en que los procesos de movilización clientelística debieron convivir con procesos previos de politización de algunos segmentos de los sectores populares, los que pujaron por dar a la rebelión un tono más radical.

Para lograr los objetivos, dividiremos este trabajo en tres secciones. En un primer apartado, describiremos las características del movimiento político opositor copiapino en el período antebélico, distinguiendo los ‘partidos’ que lo componían, las características sociales de sus dirigencias y bases de apoyo, y los vínculos establecidos entre ambas. En este mismo apartado, daremos cuenta de las características de la movilización social que tuvo lugar en el marco del levantamiento que dio inicio a la guerra, la noche del 5 al 6 de enero de 1859.

En un segundo apartado, veremos cómo el proceso de militarización que se produjo en el sector insurgente aumentó el poder de los

magnates mineros, reforzando los lazos de dependencia personalista hacia los notables a través de relaciones de clientelismo. Analizaremos cómo estas relaciones se expresaron a través del reclutamiento, la formación de unidades militares y el proceso de jerarquización interno de estas. En este apartado enfatizaremos en cómo dichas tendencias facilitaron la concentración del poder y la emergencia de liderazgos caudillistas en el bando insurgente, situación que tuvo su máxima expresión en la figura del principal líder de la rebelión, Pedro León Gallo.

En un tercer apartado, analizaremos los motines y las divisiones al interior del bando insurgente que afloraron en el período final de la conflagración, dejando en evidencia los efectos de los procesos de politización y la capacidad de agencia de los sectores populares movilizadas.

## 2. El movimiento opositor copiapino en los orígenes de la Guerra Civil de 1859

### 2.1 Notables y populares

En el período que antecedió al conflicto hemos podido identificar en Copiapó el surgimiento de un movimiento opositor, de carácter liberal, en el que convergieron dos vertientes principales. La primera correspondía a un *partido de notables*, compuesto por grandes magnates mineros insertos en la alta sociedad local, cuya notabilidad era reconocida también en un nivel nacional.<sup>2</sup> Dicho partido estaba conformado por familias que actuaban como actores colectivos, las que, gracias a

---

<sup>2</sup> Podemos conocer y cuantificar la importancia económica de los principales empresarios mineros de la provincia de Atacama gracias a las informaciones aportadas en el cuadro del Anexo. En dicho cuadro están representados los empresarios del departamento de Copiapó, que eran socios principales de sociedades mineras, y la suma de los operarios que trabajaban en sus minas. Los datos del cuadro están elaborados a partir de la información aportada por el cuadro estadístico titulado "Razón de las principales minas de plata que se trabajan en el departamento de Copiapó" (Intendencia de Atacama 1854). La magnitud de la fuerza de trabajo controlada es un indicador estadístico relativamente efectivo para aproximarse mediante una variable proxy a una cuantificación de un aspecto importante para definir el poder de los empresarios mineros en esta zona, cual era su presencia en las labores extractivas. Esto se debía a la importancia que tenía la mano de obra como factor fundamental en las labores extractivas de la plata en la Atacama del período, dada la escasa innovación tecnológica aplicada en ellas. Según cálculos realizados por Hernán Venegas (2008), "la suma de lo que se podría llamar el salario natural y el salario monetario" cubría "un 71,8% del total de los gastos de Chañarillo" (2008: 60-1).

sus recursos y redes de dependientes, eran capaces de generar importantes grados de movilización clientelística. Hacia 1858, aquel partido era conocido como Fusionista debido a su adhesión a la Fusión Liberal Conservadora, que en ese entonces emergía como coalición de oposición política a Manuel Montt en un nivel nacional. Estaba compuesto por algunas de las principales fortunas mineras de la zona, destacando las familias Gallo, Matta y Carvallo. Estos sectores tendieron a enarbolarse un discurso liberal constitucionalista, cuya principal preocupación era contener el poder del Ejecutivo (ANFFMM 1858: f. 35 v.).<sup>3</sup>

Cabe destacar que los elementos de la élite local –que a la vez ejercían un liderazgo en el sector financiero nacional– tendieron a mantenerse al margen de este movimiento opositor. Fue el caso de los Waddington, Ossa, Edwards y Escobar, familias que habían sido actores protagónicos en la constitución de un mercado de capitales regional o que contaban con una presencia hegemónica en las casas comerciales de Valparaíso y en el en ese entonces naciente sistema bancario (Cavieres 1988, Millar 1994).<sup>4</sup> Por el contrario, los sectores con mayor presencia y éxito en las actividades extractivas tendieron a unirse a la oposición. Sin embargo, no se debe caracterizar el conflicto de 1859 como un levantamiento ‘productivista’, enfrentado a un ‘patriciado mercantil’. Dicha visión no da cuenta de las características del grupo de notables opositores, el que, si bien era predominantemente minero, tenía intereses económicos altamente diversificados y estaba inserto en la élite nacional (Balmori y Oppenheimer 1979, Villalobos 1998, Nazer 2000).

Junto a la facción opositora de notables, surgió otro grupo contrario al gobierno, en el que predominaban propietarios mineros medianos, algunos de ellos con profesionales liberales, y que llegaron a tener importantes niveles de apoyo entre el artesanado y los pequeños

<sup>3</sup> Carta de José María Silva Chávez, Intendente de Atacama, a Manuel Montt, Presidente de la República, Copiapó, 16 de abril de 1858 (Archivo Nacional Histórico, Fondo Fundación Manuel Montt, en adelante ANFFMM).

<sup>4</sup> Para entender este punto es necesario considerar la constitución de un mercado de capitales local, proceso expresado en la creación de instituciones de crédito destinadas a generar ganancias a través de la satisfacción de las demandas del sector productivo local. Un ejemplo de esta situación fue la sociedad Ossa y Escobar, que operó entre los años 1855 y 1884, ejerciendo principalmente la función de prestamista y banco de avíos mineros (Valenzuela 2009: 14-21). En este sentido, cabe destacar que gran parte del poder de los magnates mineros de la zona, y especialmente aquellos que lograron insertarse de mejor forma en la élite nacional, provenía de las actividades financieras.



y medianos propietarios mineros, incluyendo a muchos hombres nuevos en la zona, inmigrantes atraídos por el auge de la actividad minera y otros rubros asociados a ella. Este segundo grupo, que fue conocido como el Partido Rojo o Popular, puso atención a las demandas sectoriales de estos grupos ajenos a la élite, pero con acceso a la ciudadanía, enarbolando un discurso liberal democratizante y que se sirvió del uso de la prensa (Carabantes 1860). La capacidad de movilización de este último sector se vio favorecida en Copiapó por la existencia de importantes sectores de pequeños y medianos propietarios mineros, por la presencia de un alto número de trabajadores independientes especializados y por los altos niveles de alfabetización, los que eran superiores a los del promedio del país. Esto facilitaba la existencia de una proporción de ciudadanos por habitante por encima de la nacional, lo que permitía que las elecciones, aunque dentro de un esquema censitario, fueran más competitivas.<sup>5</sup> Por lo demás, la crisis económica que afectó a Chile a mediados del segundo período del gobierno de Montt agravó los problemas de estos sectores y radicalizó muchas de sus demandas.<sup>6</sup>

La relación entre ambas vertientes del movimiento opositor fue ambivalente. En el período que hemos estudiado actuaban unidas en contra del gobierno de Montt, haciendo frente común con sus fuerzas, lo que se hizo especialmente notorio con miras a las elecciones parlamentarias. No obstante, este ‘consenso’ opositor dejó en evidencia

<sup>5</sup> En 1855, el analfabetismo masculino alcanzaba un 82,2% en el país, mientras que en el departamento de Copiapó llegaba a un 70,75%. En las elecciones parlamentarias de 1858, en Copiapó votaron 1 de cada 41 habitantes. Dicha proporción se encontraba, claramente, por sobre la nacional. Si bien no hay una estadística electoral completa a nivel nacional para dicho año, en las elecciones parlamentarias del año 1870, en Chile ejercieron su derecho a voto 1 de cada 62,2 habitantes (Oficina Central de Estadísticas 1858, Valenzuela 1985). Para los resultados de las elecciones de 1858, véase el Acta levantada en Copiapó el 31 de marzo de 1858, en Archivo Nacional Histórico, Archivo de la Intendencia de Atacama (en adelante ANAIA) s/f., Vol. 154.

<sup>6</sup> En efecto, la recesión de la segunda mitad de la década de 1850 se inscribe en un historial de crisis recurrentes que golpearon a Chile en el tercer cuarto del siglo XIX (Kindleberger y Aliber 2005), las que afectaron las labores mineras. Pese a estas crisis recurrentes, la producción minera de la zona se mantuvo en altos niveles. Fue el caso de la minería del cobre que creció a una tasa anual de 6,1% en el período 1850-1879 (Ortega 2009). Sin embargo, la crisis de la segunda mitad de la década de 1850 fue la primera recesión económica en afectar a Chile en el ciclo de expansión que comenzó en la década de 1830, y se produjo tras un largo período de bonanza económica y crecientes expectativas (Cariola y Sunkel 1990, Salazar y Pinto 2002). En el caso de la minería de la plata, a la recesión internacional se sumó el agotamiento de los minerales de más alta ley, en el marco de labores extractivas con escasa inversión tecnológica (Venegas 2002). Por lo demás, la crisis generó la quiebra de pequeños y medianos productores y reforzó las tendencias a la concentración por parte de aquellos sectores con una presencia más fuerte en el sector financiero (Illanes 2003).

puntos débiles. El afán más democratizante y antioligárquico de una facción chocaba con la noción elitista de la representación política de la otra, que en el ámbito local rescataba muchos elementos corporativos y estamentales propios de la *vecindad*. Aquella situación quedaba en evidencia en la tendencia al quiebre entre las dos facciones al momento de enfrentar las elecciones municipales. En los años 1855 y 1858, ambos grupos enfrentaron unidos las elecciones parlamentarias y presentaron listas separadas a las municipales.

## 2.2 El levantamiento de la noche del 5 al 6 de enero de 1859

Las características sociales del movimiento opositor copiapino se reflejaron en el modo en que se desarrolló el levantamiento de la noche del 5 al 6 de enero de 1859, que dio origen a la Guerra Civil. En la ciudad de Copiapó y en su puerto, Caldera, la dirigencia rebelde se apoyó principalmente en grupos de artesanos liberales politizados durante el período antebélico y en contingentes que desertaron del Cuerpo de Policía para hacer estallar el levantamiento. La movilización generada en torno al alzamiento capitalizó el descontento de estos sectores, los que estaban postergados en sus aspiraciones de estatus y reconocimiento social, y cuyas condiciones de vida no los diferenciaban claramente de los sectores populares. En este sentido, la sublevación del 5 de enero implicó una ruptura momentánea del orden social, en la que estos grupos, que usualmente tenían una escasa figuración, adquirieron un papel protagónico.

● CUADRO N° 1: PARTICIPANTES DEL ALZAMIENTO DEL 5 DE ENERO EN COPIAPÓ, SEGÚN OCUPACIÓN ANTERIOR A LA GUERRA CIVIL

OCUPACIÓN	CANTIDAD
Artesanos	25
Empleados del ferrocarril	1
Fonderos	1
Oficiales de policía	5
Total de individuos identificados	32

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos tomados de ANAIA (s/f, Vols. 214, 218 y 219).

La movilización inicial en estas zonas urbanas tuvo una doble dimensión: por un lado, fue la expresión del alto grado de politización que alcanzó el artesanado de la ciudad de Copiapó. Éste fue convocado apelando a lealtades político-ideológicas, las que giraban en torno a un liberalismo democratizante, y se organizó mediante la creación de clubes políticos. Por otro, el alzamiento del 5 de enero fue la expresión inorgánica y desideologizada del descontento de diversos grupos sociales. Fue el caso de algunos de los oficiales del Cuerpo de Policía de Copiapó, quienes buscaron elevar su condición económica y su estatus social participando en esta suerte de aventura que les permitiría acceder a importantes sobornos monetarios y recibir ascensos militares. Ahora bien, esta situación se hizo notar especialmente entre la suboficialidad y la tropa del Cuerpo de Policía, además de muchos individuos ‘anónimos’ provenientes de sectores populares urbanos, de entre quienes salieron turbas que aprovecharon esta coyuntura para entregarse al robo, el saqueo y tomar venganza contra sus antiguos superiores, acreedores y comerciantes en general (Zapata 1860, Carabantes 1860: f. 19-35).

A diferencia de la zona urbana del Departamento de Copiapó, en el mineral de Chañarcillo y la Placilla de Juan Godoy, el apoyo fundamental de los insurgentes fueron los administradores y mayordomos de minas (ANFV 1859a: f. 73).<sup>7</sup> Podemos sostener que en el ámbito minero primó un estilo de movilización de carácter tradicional, en el que operaron las relaciones de dependencia económica y las lealtades personales de los administradores y mayordomos hacia sus superiores. Estos empleados aseguraron la mantención del precario orden social de los minerales, que ya se había visto vulnerado en los levantamientos asociados a la Guerra Civil de 1851, a la vez que reforzaron el poder de las principales familias de magnates mineros que estaban en la oposición.

---

<sup>7</sup> Carta de Manuel Antonio Fález a Máximo Arguelles, Vallenar, 8 de enero 1859.

### 3. La movilización militarizada, el creciente poder de los notables y el surgimiento de liderazgos caudillistas

#### 3.1 La aparición de los ‘expertos en las armas’

En el contexto de guerra civil, la experiencia militar se transformó en un capitalpreciado. Una vez triunfante el alzamiento, la dirigencia rebelde procuró organizar un improvisado ejército rebelde, también conocido como Ejército Constituyente. No es de extrañar que, en este escenario, ascendieran personajes que no habían tenido figuración alguna en el proceso político previo al estallido del conflicto. Veteranos de guerra, soldados retirados del ejército de línea, ex combatientes de luchas revolucionarias europeas o chilenas, y ex oficiales del Cuerpo de Policía adquirieron un nuevo protagonismo. Algunos de ellos se encontraban dedicados a la pequeña y mediana minería y otros aparecen como virtuales desconocidos ante los ojos del investigador actual. Los conocimientos de estos ‘expertos en las armas’ se volvieron especialmente necesarios para dar forma al ejército que deseaban organizar los rebeldes.

Desde un comienzo, los insurgentes que ya tenían entrenamiento militar se transformaron en los cuadros de instructores en torno a los cuales se comenzó a formar un ejército. Al día siguiente del levantamiento se organizaron tres unidades militares y se crearon los puestos de jefe de Plaza y jefe de Estado Mayor. Estos cargos quedaron en manos de hombres que se habían desempeñado con anterioridad como oficiales de la Guardia Municipal y el Ejército, y como combatientes liberales en 1851.

Fuera de estos cuadros iniciales, con los que contaron desde un comienzo, los mandos rebeldes se embarcaron en la tarea de reclutar a más hombres con experiencia militar. Principiaron por buscar el apoyo de los oficiales del Cuerpo de Policía, incluidos los que no habían tomado parte en la insurrección. A varios de éstos se les intentó atraer mediante estímulos en dineros y promesas de ascensos. Los insurgentes también buscaron el apoyo de ex militares y ex revolucionarios que tuvieran experiencia en el mando de unidades militares. Fueron los casos de Federico (o Carlos) Wainesky, veterano polaco de la revolución de 1848, o de Cipriano Montalva, ex oficial de caballería del Ejército. Además de Pedro Pablo Zapata, quien tenía una larga trayectoria como

● CUADRO N° II: COMANDANTES DE UNIDADES, 6 DE ENERO DE 1859  
(Comandante general de Armas: general Pedro León Gallo)

NOMBRE	RANGO	UNIDAD	OCUPACIÓN ANTERIOR
Arancibia, Ramiro	Mayor	Jefe de Plaza	Ex oficial del Ejército
Ramos, Agustín	Sargento mayor	Batallón Cívico de Infantería	Ex oficial del Ejército
Torres, Martín	Sargento mayor	Escuadrón de Lanceros N° 1 de Caballería	Oficial de Policía
Urrutia, Salvador	Teniente coronel	Batallón de Línea N° 1 de Infantería	Oficial de Policía
Zapata, Pedro Pablo	Coronel	Jefe de Estado Mayor	Veterano de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana y de la Guerra Civil de 1851

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos tomados de ANAIA (s/f, Vols. 214, 218 y 219) y de ANFBVM (1860).

líder liberal en la política local, y de Ramiro Arancibia, militar liberal exonerado de las filas que había alcanzado notoriedad en Copiapó el año 1858, el resto de los ‘expertos en las armas’ eran hombres de escasa visibilidad social y ajenos a los círculos políticos locales en el período previo a la Guerra Civil. Por lo demás, ninguno de éstos figuraba entre las grandes o medianas fortunas locales. Para ellos, la guerra se transformó en una suerte de mecanismo de ascenso social y búsqueda de reconocimiento público.

### 3.2 La consolidación del poder de los magnates mineros

El impulso original de los insurrectos apuntó a reclutar a hombres con experiencia militar. Sin embargo, a medida que se organizaba el ejército insurgente, jóvenes provenientes de familias de acaudalados mineros, y algunos de sus empleados dependientes, fueron tomando una posición predominante en el interior de la naciente jerarquía militar. En efecto, en forma paralela al ascenso de los ‘expertos en las armas’, se consolidó un férreo predominio de las familias de magnates mineros sobre el movimiento.

Desde el comienzo de la insurrección, Pedro León Gallo, joven perteneciente a una de las familias con mayor presencia en el sector minero a nivel nacional, asumió el poder político en la provincia y se hizo de las funciones de comandante general de Armas, quedando a

cargo de la organización militar de los rebeldes. Al poco tiempo, comenzó a organizar un ejército apoyándose exclusivamente en ex policías y militares retirados. Luego, asignó mandos de unidades militares a jóvenes magnates mineros y altos empleados de su confianza, tendencia que se vio reforzada a medida que avanzaba el tiempo.

● **CUADRO N° III: COMANDANTES DE UNIDADES, 14 DE ENERO DE 1859**  
(Comandante general de Armas: general Pedro León Gallo)

NOMBRE	RANGO	UNIDAD	OCUPACIÓN ANTERIOR
Arancibia, Ramiro	Mayor	Jefe de Estado Mayor	Ex oficial del Ejército
Matta, Felipe Santiago	Teniente coronel	Batallón Cívico de Infantería	Magnate minero
Toro, Santiago	Sin información	Batallón Zuavos de Chañarcillo de Infantería	Administrador de minas
Torres, Martín	Sargento mayor	Escuadrón de Línea N° 1	Oficial de Policía
Urrutia, Salvador	Teniente coronel	Batallón de Línea N° 1 de Infantería	Oficial de Policía
Vergara, J.M.	Sin información	Brigada N° 1 de Artillería	Sin información
Zapata, Pedro Pablo	Coronel	Inspector del Ejército	Veterano de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana y la Guerra Civil de 1851

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos tomados de ANAIA (s/f, Vols. 214, 218 y 219) y de ANFBVM (1860).

● **CUADRO N° IV: COMANDANTES DE UNIDADES, 1 DE FEBRERO DE 1859**  
(Comandante general de Armas: general Pedro León Gallo)

NOMBRE	RANGO	UNIDAD	OCUPACIÓN ANTERIOR
Matta, Felipe Santiago	Teniente coronel	Batallón Cívico de Infantería	Magnate minero
Montalva, Cipriano	Mayor	Escuadrón de Lanceros de Caballería	Ex oficial de Ejército
Ramos, Agustín	Sargento mayor	Batallón Voluntarios de Atacama de Infantería	Ex oficial de Ejército
Toro, Santiago	Sin información	Batallón Zuavos de Chañarcillo de Infantería	Administrador de minas
Urrutia, Salvador	Teniente coronel	Batallón de Línea N° 1 de Infantería	Oficial de policía
Wainesky, Federico	Mayor	Batería de Artillería	Veterano de la Revolución de 1848 (en Polonia)

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos tomados de ANAIA (s/f, Vols. 214, 218 y 219) y de ANFBVM (1860).

● **CUADRO N° V: COMANDANTES DE UNIDADES 1ª DIVISIÓN. FUERZA EXPEDICIONARIA SOBRE COQUIMBO, 18 DE FEBRERO DE 1859**

(Comandante general de Armas: general Pedro León Gallo)  
(Jefe de División: general Pedro León Gallo)

NOMBRE	RANGO	UNIDAD	OCUPACIÓN ANTERIOR
Carvalho, Olegario	Coronel	Batallón Zuavos de Chañarcillo de Infantería	Magnate minero
Matta, Felipe Santiago	Coronel	Batallón Cívico de Infantería	Magnate minero
Montalva, Cipriano	Mayor	Escuadrón de Carabineros de Caballería Escuadrón de Lanceros de Caballería	Ex oficial de Ejército
Peña, José Antonio	Mayor	Batallón Huasquino de Infantería	Sin información
Saavedra, Juan de la Cruz	Mayor	Escuadrón de Lanceros del Huasco de Caballería	Sin información
Urrutia, Salvador	Coronel	Batallón de Línea N° 1 de Infantería	Oficial de Policía
Wainesky, Federico	Mayor	Batería de Artillería	Veterano de la Revolución de 1848 (en Polonia)

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos tomados de ANAIA (s/f, Vols. 214, 218 y 219) y de ANFBVM (1860).

● **CUADRO N° VI: COMANDANTES DE UNIDADES 2ª DIVISIÓN. FUERZA EXPEDICIONARIA SOBRE COQUIMBO, 10 DE MARZO DE 1859**

(Comandante general de Armas: general Pedro León Gallo)  
(Jefe de División: comandante Juan Guillermo Gallo)

NOMBRE	RANGO	UNIDAD	OCUPACIÓN ANTERIOR
Aguilar, Ignacio	Capitán	Batería de Artillería	Artesano
Gallo, Juan Guillermo	Comandante (¿?)	Batallón de Línea N° 2 de Infantería	Magnate minero
Larrahona, Liborio	Mayor	Escuadrón de Lanceros N° 2 de Caballería	Escribano

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos tomados de ANAIA (s/f, Vols. 214, 218 y 219) y de ANFBVM (1860).

Por lo demás, las tres divisiones de la Fuerza Expedicionaria sobre Coquimbo, el conjunto de unidades más grande del ejército rebelde, quedaron en manos de magnates mineros.

● **CUADRO N° VII: JEFES DE DIVISIÓN FUERZA EXPEDICIONARIA SOBRE COQUIMBO, 18 DE FEBRERO AL 24 DE ABRIL DE 1859**

(Comandante general de Armas: general Pedro León Gallo)

NOMBRE	RANGO	UNIDAD	OCUPACIÓN ANTERIOR
Gallo, Pedro León	General	1ª División	Magnate minero
Gallo, Juan Guillermo	Comandante (¿?)	2ª División	Magnate minero
Garín, Abdón	Comandante (¿?)	3ª División	Magnate minero

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos tomados de ANAIA (s/f, Vols. 214, 218 y 219) y de ANFBVM (1860).

Durante todo el período de la Guerra Civil, casi un cuarto de los mandos de unidades, comprendiendo en éstas a batallones, escuadrones y baterías, fueron asignados a magnates mineros y sus altos empleados de confianza.

● **CUADRO N° VIII: COMANDANTES DE LOS CUERPOS DEL EJÉRCITO CONSTITUYENTE, SEGÚN OCUPACIÓN ANTERIOR A LA GUERRA CIVIL**

OCUPACIÓN	CANTIDAD
Administradores de minas	1
Artesanos	1
Escribanos	1
Ex combatientes revolucionarios	2
Ex militares	4
Magnates mineros	3
Policías	2
No identificados	3
Total	17

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos tomados de ANAIA (s/f, Vols. 214, 218 y 219) y de ANFBVM (1860).

Si bien juntos no alcanzan a acaparar la mayoría de los puestos, su importancia, total y relativa, aumentó a medida que transcurría la guerra. En efecto, los mandos superiores del Ejército rebelde terminaron en manos de estos magnates.

El ascenso de los magnates mineros se hizo evidente. Éstos se impusieron en los más altos mandos militares, tomando, en la práctica, las riendas del destino de la insurrección. Por lo demás, la elevación de estos magnates mineros significó la consolidación del predominio del Partido Fusionista y, más específicamente, del clan político Gallo-Matta-Carvalho.



Sin ir más lejos, a excepción de Abdón Garín, jefe de la Tercera División de la Fuerza Expedicionaria sobre Coquimbo –que era la más pequeña y nunca alcanzó a llegar a su destino–, el resto de los magnates mineros con altos mandos eran miembros de las recién mencionadas familias.

● **CUADRO N° IX: COMANDANTES DE UNIDADES 3ª DIVISIÓN. FUERZA EXPEDICIONARIA SOBRE COQUIMBO, 24 DE ABRIL DE 1859**

(Comandante general de Armas: general Pedro León Gallo)  
(Jefe de División: Abdón Garín)

NOMBRE	RANGO	UNIDAD	OCUPACIÓN ANTERIOR
Toro, Santiago	Comandante (¿?)	Batallón Cazadores de la Selva de Infantería	Administrador de minas
Gacitúa, Manuel	Teniente	6 piezas de Artillería	Sin información (presumiblemente mayordomo de minas)

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos tomados de ANAIA (s/f, Vols. 214, 218 y 219) y de ANFBVM (1860).

El liderazgo del movimiento opositor, que en la preguerra había sido compartido entre fusionistas y rojos, pasó ahora a consolidarse a favor de los primeros, y los miembros del partido popular pasaron a ocupar roles subordinados en la lucha.

### 3.3 El reforzamiento de las relaciones de clientelismo

El afianzamiento del poder de los magnates mineros se debió a su capacidad para financiar la creación y el apertrechamiento de nuevas unidades militares –lo que en reiteradas ocasiones llegó a incluir el pago de la tropa–, y a las posibilidades de movilizar a sus redes de dependientes. Por estas razones, el ascenso de dicho grupo es indisociable del reforzamiento y crecimiento de las relaciones de clientelismo.

El poder económico de estas familias de magnates les permitía costear la formación de nuevas unidades militares y muchas veces mantener las ya existentes. En este sentido, destacó la importancia específica que alcanzó la familia Gallo Goyenechea. Todos los testigos concuerdan en que dicha familia corrió con gran parte de los gastos que implicaba la insurrección. Así, en un afán de no enajenar la simpatía de los comerciantes y mineros locales, la dirigencia rebelde, y en especial su líder Pedro León Gallo, no impuso a los habitantes de las

ciudades insurrectas contribuciones forzosas (Anónimo 1859). Esta situación, que pudo contribuir a mantener las simpatías por Gallo y a evitar que los indiferentes se pasaran al campo opositor, se generó debido a que los fondos existentes en las corporaciones municipales y mineras, además de los de las cajas aduaneras de la localidad, eran insuficientes para los fines de los insurgentes. Ante esta situación, “el jefe de la revolución” habría salvado “los conflictos mediante el sacrificio de su fortuna” (Carabantes 1860: ff. 47-48). Este salvataje financiero se transformó en un precedente que marcaría la actuación de Pedro León Gallo en reiteradas ocasiones durante la guerra, en las que pagó “de su propio peculio” al ejército. Fuera de poner dinero para el pago de sueldos y mesadas, la familia Gallo Goyenechea se encargó de formar ella misma unidades militares. De esa forma, a fines de febrero, antes de partir rumbo a Coquimbo, el propio Pedro León Gallo encargó a su hermano Juan Guillermo la creación de un batallón de infantería, un escuadrón de caballería y una batería de artillería, que compusieron la segunda división expedicionaria sobre Coquimbo, la que quedó bajo la dirección del último (Carabantes 1860: f. 88).

Aunque la familia Gallo cargó con el grueso de los costos de pagos a los soldados, no fue la única que asumió estas responsabilidades. Otro magnate minero, Abdón Garín, también se hizo responsable de formar un nuevo batallón, conocido como Cazadores de la Selva o Cazadores de África, así como de los costos de su apertrechamiento.

La posibilidad de crear nuevas unidades militares, de financiarlas y muchas veces pagar los sueldos a la tropa y sus familias, acrecentaron el poder de los magnates mineros, reforzando relaciones de clientelismo entre ellos y sus subalternos. La mantención de la tropa y la capacidad de mando de los comandantes pasaron a estar asociadas, en gran parte, al poder económico del hombre que estuviera a cargo. Esta situación, producida por las necesidades de la guerra, fue reforzada por las relaciones de dependencia social y económica preexistentes, las que muchas veces se vieron marcadas por su carácter copresencial, e incluso estuvieron cargadas de afectos.

Este tipo de relaciones se hicieron notar especialmente entre los magnates mineros y los administradores y mayordomos de minas de Chañarillo. Estos hombres se transformaron en un grupo de confianza de los comandantes, llegando a organizar una unidad militar

especial. En los cuatro primeros días de la insurrección, José Benítez, administrador de la mina La Descubridora, propiedad de la familia Gallo, la que ya había movilizado a otros administradores y mayordomos para consolidar el dominio insurgente en la Placilla de Juan Godoy, armó a varios hombres en su zona. Éstos, comandados por Santiago Toro, administrador de minas empleado por la familia Carvallo, se dirigieron a Copiapó el día 10 de enero con el fin de reforzar los contingentes que estaban formando los rebeldes. Las identidades de estos hombres estaban marcadas por su dedicación a la actividad minera y por su juventud. La mayor parte de este contingente estaba compuesta por administradores y mayordomos de minas. La unidad proveniente de la placilla minera se instaló en el edificio de la Intendencia y sirvió de base para la creación de un Cuerpo de Infantería de línea denominado Zuavos de Chañarcillo (ANAIA 1854, Vol. 214: f. 4).

Queda claro cómo la capacidad económica de los magnates facilitó su ascenso: les permitió hacer que el crecimiento del ejército insurgente se volviera dependiente de sus aportes. A este poder, sumaron su capacidad de movilizar sus redes de dependientes en el mundo minero, representadas especialmente por el grupo de los administradores y mayordomos de minas.

### 3.4 Concentración del poder y reproducción de un diseño de Estado centralista

En contra de la creencia común, es necesario aclarar que Pedro León Gallo no fue electo intendente de Atacama mediante votación popular. Los testimonios muestran que se elevó al poder producto del golpe de fuerza dado por los insurgentes el 5 de enero de 1859. Durante esa noche, y una vez tomado el cuartel de policía, un grupo de dirigentes rebeldes acordó “en público quién debía ser el intendente” (Anónimo 1859: f. 27 v.). El nombramiento recayó en Pedro León Gallo. En esa misma ocasión, José Nicolás Mujica, dueño de *El Copiapino* y líder del ‘Partido’ Rojo de la oposición, fue nombrado secretario de la Intendencia. La resolución fue comunicada a los habitantes de la ciudad a las siete de la mañana mediante un manifiesto.

Si bien se trataba de hechos consumados, se intentó legitimar el nombramiento revistiéndolo de un aura de masividad. José Nicolás

Mujica, nuevo secretario de la Intendencia de Atacama, se encargó de publicar el bando leyéndolo por las calles de Copiapó, mientras era acompañado por los sones de una banda de música, por “todas las tropas sobre las armas” y por “un inmenso pueblo”. Pese a los intentos de legitimar a las nuevas autoridades mediante la masividad de las manifestaciones, los mecanismos utilizados para los nombramientos generaron resquemores en algunos de los miembros del bando rebelde, quienes consideraban que se debía haber “convocado un Cabildo Abierto en que se hubiese elegido un Intendente” (Anónimo 1859: f. 28).

La autoridad fue concentrada en la figura del líder insurgente Pedro León Gallo, quien pasó a disponer de los nombramientos administrativos en la zona rebelde. Bajo esta misma lógica, los insurgentes mantuvieron la institucionalidad administrativa local del Estado chileno vigente en ese entonces. Su verticalidad se volvía funcional a las necesidades bélicas que imponía el contexto y reforzaba el poder del líder que estuviera a la cabeza de la insurrección. En efecto, el sistema administrativo vertical de intendentes, gobernadores y subdelegados fue conservado durante el período de autogobierno insurgente. Los rebeldes tomaron posesión de dichos puestos para gobernar el territorio sublevado, aunque invocaron ritualmente la anuencia de las instancias locales de representación corporativa, como eran el Municipio y la Junta de Minería, para legitimarse en el poder. La continuidad dada al diseño institucional de la Constitución de 1833 se hizo notar tanto en el ámbito administrativo como en el militar, especialmente en la preeminencia indiscutida de la figura del intendente, quien a la vez ocupaba el cargo de comandante general de Armas de la provincia.

Un análisis de los nombramientos realizados para los puestos de intendente de Atacama durante el período insurgente puede ser esclarecedor respecto de la tendencia al incremento del poder personal de Pedro León Gallo, de su autoridad para disponer de los puestos administrativos y de la mantención de un diseño estatal en que primaban las relaciones verticales en el ejercicio del control territorial. En enero de 1859, el puesto de intendente de Atacama fue ocupado por Pedro León Gallo, quien fue sucedido como intendente interino el 16 de enero por Luis Lopeandía. Éste era notario y pequeño propietario minero, además de adherente del Partido Rojo. Sin embargo, fue nombrado en dicho puesto personalmente por Pedro León Gallo a sugerencia del

secretario de la Intendencia y ex líder de los rojos, José Nicolás Mujica, quien iba a ser nombrado originalmente por Gallo.

● CUADRO N° X: INTENDENTES DE ATACAMA DURANTE EL PERÍODO INSURGENTE

PERÍODO		INTENDENTE
6 de enero	16 de enero	Pedro León Gallo
16 de enero	24 de abril	Luis Lopeandía
24 de abril	4 de mayo	Abdón Garín
4 de mayo	6 de mayo	José Dolores Passi
6 de mayo	9 de mayo	Abdón Garín
9 de mayo	12 de mayo	José Sierra

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos tomados de ANAIA (s/f, Vols. 214, 218 y 219) y de ANFBVM (1860).

De ese modo, Gallo hizo ejercicio de su poder personal, manteniendo cohesionados a los grupos opositores y reforzando la lealtad de éstos hacia su persona. En el nivel más ínfimo de la administración territorial del Estado, el de las subdelegaciones, los insurgentes no sólo mantuvieron el diseño estatal legado por la Constitución de 1833, sino que también tendieron a mantener en sus puestos a los subdelegados nombrados por la administración anterior.

El liderazgo político-militar generado por Gallo adquirió características caudillistas. Como veremos, Gallo puede ser considerado como un caudillo, entendiendo a este como un líder político local con apoyo militar, capaz de generar una adhesión personalista basada en relaciones de copresencialidad y en vínculos de carácter clientelista.<sup>8</sup>

## 4. La caída de Copiapó y las fracturas del bando insurgente

### 4.1 El surgimiento de liderazgos caudillistas alternativos y los motines de la tropa

Es pertinente utilizar el concepto de caudillismo, en cuanto categoría de análisis; no obstante, también debemos plantearnos algunas prevenciones al hacerlo. En primer lugar, como ha sostenido Natalia Sobrevilla (2013), se debe tener en cuenta que éste es un término que

<sup>8</sup> Profundizaremos en este punto en las conclusiones.

muchas veces ha sido utilizado con una connotación negativa. Ante esa situación, se debe enfatizar en la búsqueda de conceptos que clarifiquen y expliquen el fenómeno en cuestión y que eviten la formulación de juicios de carácter normativo. Del mismo modo, el estudio del caudillismo debe centrarse en la interacción de factores políticos institucionales, tanto formales como informales, con aspectos sociales estructurales. Es decir, se deben identificar a los actores que estudiamos, según su posición social y su relación con las instituciones políticas. Así, seguimos una de las recomendaciones del trabajo de Julio Samuel Valenzuela (2006), quien ha sostenido que los abordajes culturalistas del fenómeno caudillista en lugar de explicarlo tienden a naturalizarlo como parte de una ‘tradicición’ o ‘mentalidad’, llegando a desarrollar una similitud no asumida con ciertas interpretaciones de carácter nacionalista esencialista.

Teniendo en cuenta estas prevenciones, en este artículo entendemos el caudillismo como un tipo de liderazgo político con apoyo militar, capaz de generar una adhesión personalista basada en relaciones de copresencialidad y en vínculos de carácter clientelista. Al realizar esta definición, retomamos uno de los aspectos centrales de la definición clásica de John Lynch (1994), quien considera las relaciones de clientelismo como un factor fundamental en la generación de liderazgos caudillistas. Ahora bien, al mismo tiempo que rescatamos estos aspectos, creemos que es necesario tensionarlos y matizarlos a la luz de algunos nuevos estudios que han abordado el tema en el ámbito hispanoamericano y en especial del rioplatense. En ese sentido, y como lo ha evidenciado en sus investigaciones Ariel de la Fuente (2005), es necesario tener en cuenta que los líderes caudillistas se veían obligados a mantener relaciones de negociación con los sectores subalternos movilizados. De ahí, pues, que la relación clientelística propia del caudillismo no deba ser analizada como una relación exclusivamente vertical, sino como un vínculo entre agentes activos, en el que los actores movilizados pueden buscar la satisfacción de sus aspiraciones y de los términos acordados a través de mecanismos diversos, los que pueden llegar a incluir la desobediencia y el amotinamiento u otras formas más sutiles de resistencia y negociación (Scott 1985). En definitiva, siguiendo algunas de las preguntas que se planteó Friedrich Katz (1990) para el caso de los campesinos mexicanos, consideramos

relevante estudiar las ‘alianzas’ que los sectores subalternos establecieron con otros sectores de la sociedad, analizando cómo obtuvieron “concesiones, demandas y otras ventajas merced a tales alianzas” (Katz 1988: 19) en el marco de las rebeliones.

En el caso de Copiapó, los efectos de la militarización en la sociedad local y el subsecuente surgimiento de liderazgos políticos caudillistas basados en la capacidad de generar movilización clientelística para organizar tropas, crearon una compleja situación en la fase final de la guerra, cuando los principales mandos rebeldes habían partido a combatir a La Serena. Ante la solicitud de más refuerzos enviada a Copiapó desde la Serena por Pedro León Gallo, se respondió con la creación de una nueva unidad de doscientos hombres. Se trataba de los Cazadores de la Selva, también conocidos como Cazadores de África, cuya organización estuvo a cargo del magnate minero Abdón Garín, quien se encargó de hacer el enganche, financiar el apertrechamiento y pagar a los hombres. El día 24 de abril de 1859, Garín envió a La Serena a 170 de los 200 hombres que componían su unidad. No obstante, dejó en Copiapó a 30 hombres armados con fusiles, directamente bajo sus órdenes. Apoyado en esta fuerza, y habiendo presionado al intendente con la amenaza de no enviar las tropas a La Serena, Garín obligó a Luis Lopeandía a renunciar a la Intendencia y a nombrarlo en el cargo, tomando personalmente el control de la Provincia, pese a tener solamente el grado de capitán y a no haber jugado ningún papel relevante en el período previo al levantamiento (Mujica 1860: ff. 160-161v). En este caso, la capacidad de movilización clientelística y el poder acumulado por los magnates capaces de ejercerla, generaron una fractura al interior de la dirigencia rebelde, facilitando las condiciones para generar un golpe en su interior.

Sin embargo, a la asunción al poder de Garín siguió otro episodio extremadamente complejo y relacionado a éste. Se trataba del amotinamiento de la tropa de la unidad que había creado y enviado a La Serena. En palabras de un emisario, “la tropa se había sublevado y acuchillaban unos con otros los soldados”. Sucedió que antes de partir no se les “había dado nada por cuenta de su sueldo” y en Chañarillo, primer punto intermedio de relevancia en el viaje, sólo una de las compañías recibió el pago de un peso por cada hombre, mientras que los demás “lo rechazaron por ser muy poco”. En dicho estado, el batallón había proseguido la

marcha llegando a Vallenar, donde “se había desbandado por las calles, incluso los oficiales”. La dirigencia rebelde, y el propio Garín, actuaron inmediatamente con el fin de evitar que la insubordinación pasara a mayores, comisionando a José Nicolás Mujica para que alcanzara a los soldados, llevando dos mil pesos para pagar a las tropas y proceder a su reorganización. Después de arduos esfuerzos, recién el 30 de abril Mujica logró controlar la situación, haciendo que las tropas partieran ordenadamente a La Serena (Mujica 1860: ff. 162-162 v.). Quedaba en evidencia otro flanco débil de la militarización generada en Copiapó. En un modelo de relaciones clientelísticas, el incumplimiento de las condiciones pactadas para el reclutamiento podía generar la insubordinación de las tropas.

#### 4.2 Politización popular

Según la literatura más reciente, la movilización caudillista, de carácter clientelística, puede producirse de manera simultánea a procesos de politización popular, colaborando en el desarrollo de éstos.<sup>9</sup> En efecto, en el marco de crecientes muestras de inestabilidad, tanto política como social, al interior de la zona insurgente, llegaron a Copiapó las noticias de la derrota del Ejército Constituyente en la batalla de Cerro Grande, en las cercanías de La Serena. En ese contexto, el liderazgo político de los rebeldes en la provincia de Atacama fue asumido por actores que, hasta ese momento, habían tenido un rol más bien secundario, como eran los artesanos. Imbuidos de una mayor radicalidad política, y temerosos de las represalias que en cualquier momento esperaban de los gobiernistas, grupos de artesanos que habían sido parte de la agitación política previa a la rebelión y que habían tenido mandos menores como oficiales subalternos o clases en la guerra pugnaron por retomar el control de la provincia.

Apenas fueron recibidas las noticias de la derrota de Cerro Grande, los dirigentes de los partidos Fusionista y Rojo, que aún permanecían en la provincia, pugnaron por desmovilizar las tropas y entregar el poder a vecinos ‘respetables’ que no hubieran tomado parte en el

---

<sup>9</sup> En este sentido, siguiendo a Juan Pro, consideramos que al momento de estudiar las guerras latinoamericanas del siglo XIX es necesario destacar “la estrecha vinculación que existía entre el reclutamiento de soldados y las lógicas clientelares que vehiculaban la vida social en su conjunto” (Pro 2012: 26).



levantamiento, a la espera de que las tropas gobiernistas arribaran a la ciudad. De esa manera, pretendían evitar la continuación de una lucha militar que consideraban inconducente, y afianzar una autoridad que evitara la irrupción de motines peonales y otras manifestaciones de desorden social. Sin embargo, en sendos movimientos liderados por tropas que se resistían a ser desmovilizadas en Copiapó y Caldera, oficiales subalternos y suboficiales del Ejército Constituyente, de extracción social artesanal, retomaron el poder y se aprestaron a sostener una última resistencia contra las tropas del gobierno.

De ese modo, en Caldera, el artesano José Sierra, miembro del club de artesanos liberales en el período antebélico y teniente de artillería durante la guerra, al mando de un grupo de hombres de extracción popular, depuso a las autoridades gobiernistas y desarmó a la “guardia del orden” de los “vecinos respetables” (Carabantes 1860: ff. 119-120). En Copiapó, el sastre José Briones, teniente del ejército rebelde, comandando elementos de su unidad Cazadores de la Selva, recién retornados a Copiapó, se enfrentó a la policía gobiernista, retomando el control de la ciudad y reponiendo a Abdón Garín a la cabeza de la Intendencia (ANAIA 1859a).

La labor de Garín en la Intendencia se orientó, dentro de sus limitadas posibilidades, a pacificar la provincia, haciendo intentos por desarmar a la tropa y pagar sus sueldos atrasados. Sin embargo, la situación en Copiapó pronto se hizo insostenible. Los sobrevivientes de la batalla de Cerro Grande comenzaron a llegar a la ciudad. Nuevos y numerosos grupos de soldados armados exigían sus pagas, y el dinero de las cajas fiscales estaba por agotarse (Figueroa 1889). Aunque el teniente Briones respaldaba a Garín e intentaba mantener a raya a su tropa, el progresivo regreso a Copiapó de soldados que no pertenecían a los Cazadores fue complicando la situación. Ajenos a la influencia moderadora de Briones, no le perdonaban a Garín el haber entregado su puesto a los vecinos gobiernistas sin una orden de Pedro León Gallo, y sentían que nuevamente podían ser traicionados. Sus sospechas eran confirmadas por los propios vecinos gobiernistas, entre quienes se daba por sentado que Garín estaba ordenando la situación para entregar el mando a los gobiernistas en la tarde del 9 de mayo (ANAIA 1859b).

La inminente invasión gobiernista sólo complicaba la situación de Garín. El comandante Villagrán, jefe de la expedición gobiernista

destinada a ‘pacificar’ Copiapó, desembarcó el 8 de mayo en Caldera con el Regimiento 2° de Línea. Llevaba consigo seiscientos infantes, cuarenta hombres de caballería y dos cañones. Los insurgentes de Caldera, liderados por José Sierra, conscientes de no poder resistir una fuerza de tal magnitud, se replegaron con destino a Copiapó para unirse al resto de las fuerzas rebeldes y continuar combatiendo a todo trance (Figuroa 1889).

La llegada de Sierra y sus hombres a Copiapó el día 9 de mayo terminó de encender el ambiente. Un tumulto de soldados descontentos se reunió en la plaza, protestando ante una eventual rendición. Los llamados a la calma del teniente Briones fueron ignorados por la multitud. Los soldados de Sierra no le guardaban ninguna lealtad, y sus propios hombres se hallaban encolerizados ante los rumores de rendición. En medio del gentío, un hombre gritó: “¡Traición por Garín!”. Una multitud amenazante comenzó a rodearlo y aquél sólo atinó a correr rumbo a la Intendencia, desde donde huyó disfrazado con el “traje de un sirviente” (Carabantes 1860: f. 131) para evitar su linchamiento. Briones escapó junto a Garín después de haber realizado todos los esfuerzos posibles por aplacar a sus hombres.

Respaldo por las tropas, José Sierra estaba dispuesto a defender a toda costa la ciudad de las tropas gobiernistas, por lo que necesitaba organizar un gobierno rebelde. Sin embargo, no se sentía preparado para ejercer la autoridad. Acudió a algunos vecinos prominentes y dirigentes rebeldes que se excusaron de asumir sus funciones. Finalmente, el teniente Sierra se hizo nombrar intendente en medio del entusiasta apoyo de los soldados (Carabantes 1860: f. 131).

Para los gobiernistas, las revueltas de Copiapó y Caldera no eran sólo una derrota política. Los tumultos alimentaban en los notables locales su miedo a eventuales desmanes de la “plebe armada”. Como expresaban las fuentes gobiernistas en su lenguaje, los sectores que se habían “enseñoreado de la ciudad” estaban compuestos por los “mineros de poncho”, “bárbaros de los cerros” que bajaban “para llevarse los últimos jirones que los constituyentes dejaron en la retaguardia” (*El Ferrocarril* 1859). El arribo en tren desde Caldera de refuerzos del subteniente Molina, el segundo al mando después de Sierra entre los rebeldes del puerto, aumentó estos temores. La presencia entre ellos de líderes de origen popular, calificados como agitadores, fue espe-

cialmente resentida por los sectores gobiernistas, quienes observaban con preocupación su retórica incendiaria, de confrontación contra los sectores más acomodados. Algunos testimonios recogidos en los procesos judiciales hablan de la llegada de personajes como “el Cojo Rivera”, también mencionado como “un oficial Rivera (medio patuleco), el que lejos de cooperar al desarme de la tropa los alentaba y animaba para atacar a la Guardia de Seguridad, y por consiguiente al comercio” (ANAIA 1859c: f. 69 v.).

Una vez al mando, decidió repartir armas a la población para organizar la defensa de la ciudad. Se dirigió al comandante de la Guardia de Seguridad y le exigió la entrega de su arsenal, pero los guardias se negaron a abrir sus depósitos. Apremiado por la cercanía de las tropas gobiernistas, Sierra se decidió a atacar el cuartel y tomar las armas por la fuerza. El combate se tornó de una violencia inusitada y generó incendios en algunas zonas de la ciudad. Finalmente, tras una noche completa de combates, la guardia de seguridad se retiró y los hombres de Sierra tuvieron acceso a las armas, con las que hicieron la última resistencia a las tropas gobiernistas, que tomaron la ciudad de Copiapó el 12 de mayo, poniendo fin al último foco rebelde del norte chileno de la Guerra Civil de 1859.

## 5. Conclusión

El estudio del proceso de militarización copiapino en el marco de la Guerra Civil de 1859 nos permite reflexionar, de manera más general, sobre algunos tópicos de la historia política chilena e hispanoamericana. Por tratarse de un proceso político de corta duración y localmente acotado, facilita al investigador un mejor reconocimiento de los vínculos entre lo político y lo social. Esto es posible a través de la identificación de los actores y la descripción e interpretación de sus vínculos, evitando la replicación de generalizaciones escasamente verificables a través de la investigación empírica, las que pueden volverse inevitables cuando se estudian casos de más larga duración o que transcurren en escenarios de mayor extensión geográfica.

Al respecto, uno de los puntos fundamentales en que quisimos reparar dice relación con los efectos que el proceso de militarización

generó entre los rebeldes, cambiando las relaciones de poder entre los distintos actores involucrados. De este modo, el objetivo que nos planteamos fue sumergirnos en la complejidad de las identidades de los actores involucrados y los cambiantes vínculos que se generaban entre ellos. Estas mismas consideraciones nos ayudaron a caracterizar el conflicto aquí analizado. Podemos sostener con claridad que la conflagración que tuvo lugar en Chile en 1859 fue una guerra civil. Esto, por tratarse de una lucha violenta que enfrentó a bandos definidos, con ejércitos organizados y en operaciones armadas planificadas (Waldmann 1999).

No obstante, cabe preguntarse si este el levantamiento puede ser considerado no sólo como una guerra civil sino también como una revolución. Si hiciéramos un ejercicio de historia conceptual, advertiríamos que los actores involucrados en los sucesos de 1859 no dudaron en describir con el nombre de revolución la circunstancia en que vivieron, independientemente de la valoración que hicieron de ella (Farr 1982). Sin embargo, cuando pensamos en la posible aplicación al levantamiento copiapino de 1859 del término revolución, en cuanto tipo ideal, con el fin de caracterizarla y establecer relaciones y comparaciones con otros que a primera vista nos parecen similares, entramos en un terreno más controvertido, pues se trata de un concepto con una historia “contradictoria” y que alude a “realidades múltiples” (Mires 1988: 10).

Esto se debe, en primer lugar, a que existe una importante tradición que ha tendido a ver en las revoluciones convulsiones que han derivado en cambios radicales en el Estado y la estructura de clases (Skocpol 1984). En segundo lugar, porque incluso las visiones que han criticado y tildado de reduccionista el énfasis en los factores sociales y estructurales que tradicionalmente se ha dado a las definiciones de revolución, han sostenido o dejan entrever que el elemento definitorio de lo revolucionario radicaría en la instauración de nueva legitimidad política (Guerra 1992).<sup>10</sup>

Pero incluso si adoptamos un punto de vista estrictamente político, podemos darnos cuenta de cómo la insurrección de 1859 tuvo

<sup>10</sup> Un contrapunto a esta visión es presentado por Mires (1988), quien sostiene que un importante factor de movilización en los procesos revolucionarios latinoamericanos han sido los afanes por la “recuperación de un orden antiguo” (1988:448). Sin embargo, consideramos que las apelaciones a elementos popular-conservadores de carácter utópico son escasas en el caso del levantamiento de 1859.

un carácter que en muchos casos era más bien reactivo. A través del llamado a crear una Asamblea Constituyente, sus dirigentes apuntaron a la actualización de principios liberal-constitucionalistas que ya contaban con legitimidad social.<sup>11</sup> Al mismo tiempo, privilegiaron un discurso que se manifestaba en contra de las prácticas políticas autoritarias y defendían las prerrogativas que estarían siendo arrebatadas a instituciones locales ya existentes. Si bien hubo sectores que enarbolaron discursos liberales más radicales y democratizantes, y que antes de la guerra consiguieron un mayor protagonismo, nunca alcanzaron la hegemonía total del movimiento. Por lo demás, las propias dinámicas de la militarización que tuvieron lugar durante el conflicto, que reforzaron el poder de los magnates mineros en cuanto líderes militares, llevaron a que se vieran reducidos a un rol secundario ante los sectores más moderados en sus aspiraciones. Por lo mismo, en lugar de ‘revolución’, creemos que el levantamiento copiapino de 1859 puede ser calificado como una ‘rebelión’,<sup>12</sup> que se vio marcada por su carácter liberal y regionalista.

Por otro lado, dada la complejidad social de la facción insurgente, intentamos desarticular la conceptualización del grupo dirigente del levantamiento en cuanto ‘burguesía minera’ radicalmente distinta del resto de los sectores dirigentes nacionales, y especialmente tomar distancia de las características y valores que se ha tendido a atribuir a dicho sector. Por el contrario, creímos necesario resaltar la heterogeneidad de las fuerzas sociales que componían el movimiento opositor copiapino e insistir en su conceptualización como una coalición entre sectores mesocráticos de la pequeña y mediana minería y grandes magnates mineros, los que se encontraban insertos en la élite nacional y tenían intereses económicos diversificados.

Relacionado con el punto anterior, el caso de Copiapó en la Guerra Civil chilena de 1859 evidencia la pertinencia del concepto de caudillismo

<sup>11</sup> Al respecto, es necesario tener en cuenta las aseveraciones de Sol Serrano e Iván Jaksic, quienes sostienen que el régimen político instaurado con la “Constitución de 1833, era fuertemente presidencialista, centralizada y con recursos legales para imponer el orden. Sin embargo, era también un régimen constitucional, popular representativo, que establecía la separación de poderes, la igualdad ante la ley y las garantías individuales” (Jaksic y Serrano 2011: 180).

<sup>12</sup> Entendemos las rebeliones como levantamientos de carácter reactivo. Dicho término permitiría acercarnos a estudiar levantamientos como el de 1859 sin las pretensiones transformadoras que se han atribuido a las revoluciones (Clark 1990). Sobre estas distinciones conceptuales véase también Knight (1985).

para el estudio de la historia política. En efecto, la figura de Pedro León Gallo logró ejercer un liderazgo político con apoyo militar, capaz de generar una adhesión personalista basada en relaciones de copresencialidad y en vínculos de carácter clientelista.

La centralidad del clientelismo para la comprensión del fenómeno caudillista se hace evidente a través de la figura de Gallo y el creciente poder que logró concentrar gracias al uso de su fortuna en la creación y mantención de unidades militares. Sin embargo, el caso copiapino también nos muestra cómo dichos vínculos no generaron relaciones de obediencia ciega entre los sectores movilizados, y que, por el contrario, se vieron acompañados por procesos de politización popular e incluso de insubordinación en la tropa, destinada tanto a satisfacer sus demandas como a llevar adelante su agenda política. Asimismo, del caso copiapino podemos observar la complejidad de la relación de los líderes caudillistas con las instituciones. Si bien Gallo logró contar con importantes niveles de apoyo personal, al mismo tiempo utilizó los marcos institucionales heredados de la Constitución de 1833, debido a su funcionalidad para gobernar el territorio y expresó como uno de los puntos fundamentales de su agenda la preocupación por dar un nuevo ordenamiento constitucional al país.

Finalmente, cabe preguntarse sobre las posibilidades que el estudio del caudillismo brinda a la historiografía política chilena, especialmente en el marco de las guerras de independencia; de las tres primeras guerras civiles del siglo XIX (1829-30, 1851 y 1859); e incluso de las proyecciones que pudo tener en la presencia de militares a la cabeza del Poder Ejecutivo en la mayor parte del período 1817-1851.

## Anexo

### ● CANTIDAD DE TRABAJADORES EMPLEADOS POR LOS PRINCIPALES EMPRESARIOS MINEROS

*Minería de la Plata, Departamento de Copiapó, 1853*

SOCIO PRINCIPAL	OPERARIOS	SOCIO PRINCIPAL	OPERARIOS
Blas Ossa Varas	395	Guillermo Watkins	21
Nicolás Vega	343	Pedro Sierralta	21
Testamentaria de Miguel Gallo	309	A. Henot	20
Matías Cousiño	291	Agustín Edwards	20
Bernardino Codecido	249	Pompello Vallejo	20
Moreno, Matta y Cia.	179	Tadeo Picón	19
Eduardo Abbott	125	Emilio Mora	18
Luis Waddington	107	B. Picón	18
Rafael Torreblanca	106	Ignacio Tirapegui	18
F. Echeverría	94	M. Moreira	18
Manuel Rojas	93	A. Arce	17
Adrián Mandiola	88	E. Squella	17
Gregorio Vadillo	88	F. Pinochet	16
Rafael Garmendia	79	J. Antonio Fuentes	16
Juan José Uribe	77	Juan N. Esbri	16
Sanson Watters	76	Manuel Gómez	16
Diego Carvallo	74	José N. de Ossa	15
B. Navarrete	63	A. Meneses	15
Agustín Cardozo	57	B. Díaz Gana	15
Tomás Gallo	52	G. Grove	15
Rafael Mandiola	49	G. Randolph	15
F. J. Gómez	46	Braulio Carvallo	14
José Ramón de Ossa	44	Jerman Zorraquín	14
David Price	44	M. M. Otermin	14
Salas, Bascuñán y Cia.	44	Patricio Sierralta	14
Eusebio Squella	43	José Nicolás Mujica	13
José Sayago	39	Carlos Bello	13
Rafael Vicuña	39	J. de la Rosa	13
Francisco San Román	38	J. M. Montt	13
L. Gaultier	37	J. M. Zulueta	13
Manuel Uriondo	34	Luis Perrel	13
Vicente Quezada	34	Luis Valenzuela	13
Carlos Mendevill y Cia.	34	R. Zorraquín	13
F. Espíndola	33	Juan de Dios Manterola	12
M. Cortez	33	A. Alexander	12
Emilio Salvigni	31	B. Rojas	12
M. Gómez	30	Gregorio García	12
M. Quijada	29	Hermógenes Picón	12
E. T. Phillips	27	J. M. Gallo	12
J. Pablo Merlades	27	V. Aguilar	12

## Continuación Anexo

SOCIO PRINCIPAL	OPERARIOS	SOCIO PRINCIPAL	OPERARIOS
José Montt	27	M. Balbastro	11
Julián San Román	27	M. Pérez	11
N. Naranjo	27	Mariano Zavala	11
Pablo Treutler	27	Juan Bautista Carneiro	10
Olegario Carvallo	26	Luis Lopeandía	10
Alejo Garín	26	Pedro Zapata	10
E. Salvigni	25	A. Blin	10
J. O. Ferrer	25	Baltasar Igualt	10
Felipe Cobo	24	José Guzmán	10
José Cifuentes	23	José Pérez y Vera	10
Pablo del Río	23	José Urbina	10
E. Martín	22	Manuel Novoa	10
J. N. Orrego	22	N. Campillai	10
Joaquín Vallejo	22	Ramón Zulueta	10
José Ramón Vallejo	22	V. Zañartu	10
Baso Matta y Cia.	21		

## BIBLIOGRAFÍA

- ANAIA s/f (Archivo Nacional Histórico, Archivo de la Intendencia de Atacama, Chile). Vols. 154, 214, 218 y 219.
- ANAIA 1859a (Archivo Nacional Histórico, Archivo de la Intendencia de Atacama, Chile). Declaración judicial de Jacinto Huerta, Copiapó, 26 de mayo 1859, Vol. 214: ff. 61 y 61 v.
- ANAIA 1859b (Archivo Nacional Histórico, Archivo de la Intendencia de Atacama, Chile). Declaración judicial de Lorenzo Hernández, Copiapó, 30 de mayo 1859, Vol. 214: f. 66.
- ANAIA 1859c (Archivo Nacional Histórico, Archivo de la Intendencia de Atacama, Chile). Declaración judicial de Rafael Sayago, Copiapó, 9 de junio 1859, Vol. 214: f. 69 v.
- ANFBVM 1860 (Archivo Nacional Histórico, Fondo Benjamín Vicuña Mackenna), Vol. 48 y 48-A.
- ANFFMM 1858 (Archivo Nacional Histórico, Fondo Fundación Manuel Montt). Carta de José María Silva Chávez, Intendente de Atacama, a Manuel Montt, Presidente de la República, Copiapó, 16 de abril 1858, Vol. XIV: f. 35 v.)
- ANFV 1859 (Archivo Nacional Histórico, Fondo Varios). Carta de Manuel Antonio Fáez a Máximo Arguelles, Vallenar, 8 de enero 1859, Vol. 825: f. 73.
- Anónimo (1859). Apuntes de la revolución del cinco de enero 1859 hecha en Copiapó. En ANFBVM 1859, Vol. 48: f. 27 v y 32.
- Balmori, D. y Oppenheimer, R. 1979. Family Clusters: Generational Nucleation in Nineteenth-Century Argentina and Chile. *Comparative Studies in Society and History* 21(2), 231-61.



- Barros Arana, D., Lastarria, J.V., Santa María, D. y González, M. 1861. *Cuadro histórico de la administración Montt. Escrito según sus propios documentos*. Valparaíso: Imprenta y Librería del Mercurio de Santos Tornero.
- Carabantes, A. 1860. Apuntes para la historia de la Constituyente escritos por el señor Anselmo de Carabantes y 6 páginas en que se fija un plan para escribir dicha Historia, Lima. En ANFBVM, Vol. 48-A: f. 14.
- Cárcamo Sirguiado, U. 2005. Desarrollo y maduración política en el Norte Chico: 1800-1850. *Revista de Historia* 15, 85-92.
- Cariola, C. y Sunkel, O. 1990. *Un siglo de historia económica de Chile. 1830-1930*. Santiago: Universitaria.
- Cavieres Figueroa, E. 1988. *Comercio chileno y comerciantes ingleses. Un ciclo de historia económica*. Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso.
- Clark, J.C.D. 1990. *Revolution and Rebellion. State and Society in England in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cortés Lutz, G. 2003. El pensamiento regionalista en Copiapó durante el siglo XIX. *Actas Americanas* 11, 43-57.
- Daitsman, A. 1995. The People Shall Be All. Liberal Rebellion and Popular Mobilization in Chile, 1830-1860. Dissertation submitted in partial fulfilment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy. Madison, University of Wisconsin-Madison.
- De la Fuente, A. 2005. 'Gauchos', 'montoneros' y 'montoneras' (267-292). En Goldman, N. y Salvatore, R., *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba.
- Edwards, A. 1932. *El Gobierno de don Manuel Montt. 1851-1861*. Santiago: Nascimento.
- El Copiapino 1854-1858*.
- El Ferrocarril 1859*. Ocupación de Copiapó. *El Ferrocarril*, 17 de mayo 1859.
- Encina, F.A. 1952. *Historia de Chile*. Santiago: Nascimento.
- Farr, J. 1982. Historical Concepts in Political Science: The Case of Revolution. *American Journal of Political Science* 26(4), 688-708.
- Fernández Abara, J. 2006. Mayo de 1859. La caída de Copiapó y el fin de una revolución (162-189). En Ossa, J.L., Estefane, A., Ocaranza, N., García Huidobro, C., Moscoso, P., Fernández J. y Baeza, A. *XIX. Historias del siglo diecinueve chileno*. Santiago: Ediciones B.
- Figueroa, P.P. 1889. *Historia de la Revolución Constituyente (1858-1859)*. Escrita sobre documentos completamente inéditos. Santiago: Imprenta Victoria, de H. Izquierdo y Cía.
- García-Huidobro, C., Moscoso, P., Fernández, J. y Baeza, A. *Historias del siglo diecinueve chileno*. Santiago: Vergara.
- Goldman, N. y Tedeschi, S. 2005. Los tejidos formales del poder. Caudillos en el interior y el litoral rioplatenses durante la primera mitad del siglo XIX (135-157). En Goldman, N y Salvatore, R., *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba.
- Grez Toso, S. 2007. *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Santiago: RIL Editores.
- Guerra, F.-X. 1992. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Mapfre.

- Illanes, M.A. 2003. Productores y prestamistas en la minería Atacama. Una dominación silenciosa (125-259). En Illanes, M.A., *Chile des-centrado. Formación sociocultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. Santiago: Lom.
- Intendencia de Atacama 1854. *Memoria que el Intendente de Atacama presentó al Señor Ministro de Estado en el Departamento del Interior dando cuenta de todos los ramos de la administración*. Copiapó: Imprenta del Copiapino.
- Jaksic, I. y Serrano, S. 2011. El gobierno y las libertades. La ruta del liberalismo chileno en el siglo XIX (177-206). En Jaksic, I y Posada Carbó, E., *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Katz, F. 1990. *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, Vol. I. México D.F.: Era.
- Kindleberger, C.P. y Aliber, R.Z. 2005. *Manias, Panics and Crashes. A History of Financial Crisis*. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons, Inc.
- Knight, Alan. 1985. The Mexican Revolution: Bourgeois? Nationalist? Or Just a 'Great Rebellion. *Bulletin of Latin American Research* 4(2), 1-37.
- Lynch, J. 1994. *Caudillos en Hispanoamérica 1800-1850*. Madrid: MAPFRE.
- Lowenthal Felstiner, M. 1976. Kinship Politics in the Chilean Independence Movement. *The Hispanic American Historical Review* 56(1), 58-80.
- Marín Varela, H. 2004. La batalla de Cerro Grande en La Serena. *Actas Americanas* 12, 53-61.
- Millar Carvacho, R. 1994. *Políticas y teorías monetarias en Chile 1810-1925*. Santiago: Universidad Gabriela Mistral.
- Mires, F. 1988. *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México D.F.: Siglo XXI.
- Molina Jara, J.A. 2008. La red familiar de los Gallo en Copiapó y su rol político en la primera mitad del siglo XIX. *Revista de Historia y Geografía* 22, 41-63.
- Mujica, J.N. 1860. Apuntes para la historia de la revolución en Copiapó. En ANFBVM, Vol. 48: ff. 160-161v.
- Nazer Ahumada, R. 2000. El surgimiento de una nueva elite empresarial en Chile: 1830-80 (59-84). En Bonelli, F. y Stabili, M.R. (eds.), *Minoranze e cultura imprenditoriale. Cile e Italia (secoli XIX-XX)*. Roma: Carocci.
- Oficina Central de Estadísticas 1858. *Censo general de la República de Chile. Levantado en abril de 1854*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- Ortega Martínez, L. 2009. Del auge a la decadencia. La minería del cobre entre 1875 y 1925. En Ortega Martínez, L., Godoy Orellana, M. y Venegas Valdebenito, H. (eds.), *Sociedad y minería en el Norte Chico. 1840-1930*. Santiago: Universidad de Santiago de Chile, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Ortega Martínez, L. y Rubio Apiolaza, P. 2006. La Guerra Civil de 1859 y los límites de la modernización en Atacama y Coquimbo. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 10(2), 11-39.
- Pro Ruiz, J. 2012. Guerra y Estado en tiempos de construcción nacional: comentarios sobre América Latina en el siglo XIX (17-32). En Garavaglia, J.C., Pro Ruiz, J. y Zimmermann, E. (eds.), *Las fuerzas de la guerra en la construcción del Estado. América Latina, siglo XIX*. Rosario: Prohistoria Ediciones, SBLA-Universitat Pompeu Fabra.
- Salazar, G. 2007. *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, Siglo XIX)*. Santiago: Sudamericana.

- Salazar, G. y Pinto, J. 2002. *Historia contemporánea de Chile*. Tomo III: *La economía, mercados empresarios y trabajadores*. Santiago: Lom.
- Scott, J.C. 1985. *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven and London: Yale University Press.
- Skocpol, T. 1984. *Los Estados y las revoluciones sociales*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Sobrevilla Perea, N. 2011. *The Caudillo of the Andes: Andrés de Santa Cruz*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sobrevilla Perea, N. 2013. 19th Century Caudillos. En Vinson, B. (ed.), *Oxford Bibliographies in Latin American Studies*. New York: Oxford University Press.
- Valenzuela, J.S. 1985. *Democratización vía reforma. La expansión del sufragio en Chile*. Buenos Aires: IDES.
- Valenzuela, J.S. 2006. Caudillismo, democracia y la excepcionalidad chilena en América Hispana. *Revista de Occidente* 305, 11-28.
- Valenzuela, L. 2009. Gregorio Ossa Cerda y "Ossa y Escobar". Un banco de avíos mineros, c. 1855-1884. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 13(2), 1-35.
- Venegas Valdebenito, H. 2002. Minería y transformaciones sociales y demográficas durante el primer ciclo de expansión de la economía chilena. Atacama 1850-1880. *Contribuciones científicas y tecnológicas. Área Ciencias Sociales* 130, 159-96.
- Venegas Valdebenito, H. 2008. *El espejismo de la plata. Trabajadores y empresarios mineros en una economía en transición. Atacama. 1830-1870*. Santiago: Ediciones USACH.
- Villalobos, S. 1998. Origen y ascenso de la burguesía chilena. Santiago: Universitaria.
- Vitale, Luis. 1971. *Las guerras civiles de 1851 y 1859 en Chile*. Concepción: Universidad de Concepción.
- Waldmann, P. 1999. Guerra Civil: aproximación a un concepto difícil de formular (27-44). En Waldman, P. y Reinares, F. (eds.), *Sociedades en Guerra Civil. Conflictos violentos en Europa y América Latina*. Barcelona: Paidós.
- Zapata, P.P. (1860). Relación completa de todos los sucesos que tuvieron lugar en Coquimbo en el período de la revolución. En ANFBVM, Vol. 48-A: f. 149.
- Zeitlin, M. 1984. *The Civil Wars in Chile (Or the Burgeois Revolutions that Never Were)*. Princeton: Princeton University Press.